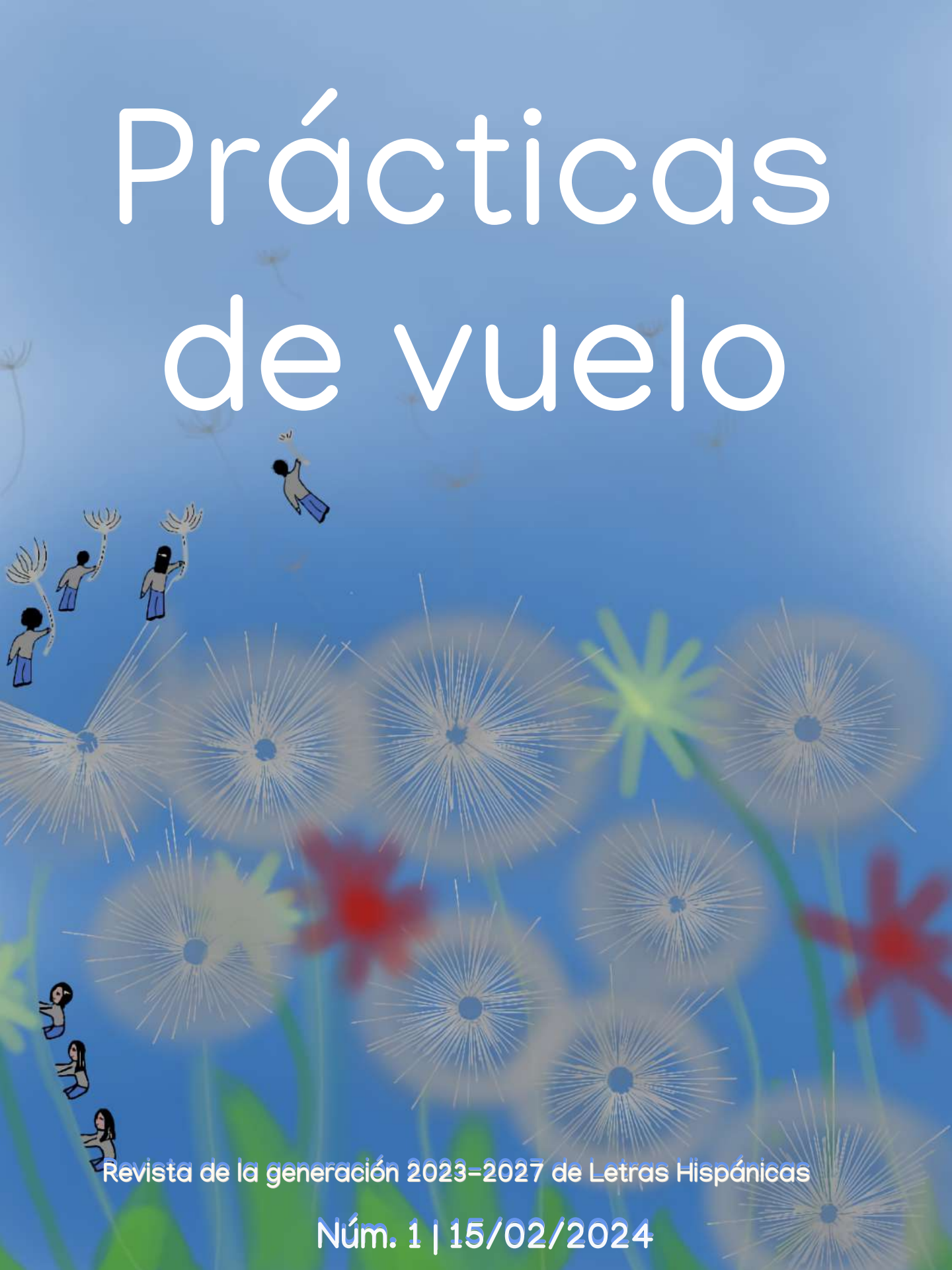
Prácticas de vuelo



Revista de la generación 2023-2027 de Letras Hispánicas

Núm. 1 | 15/02/2024

PRÁCTICAS DE VUELO
Núm. 1, 15/02/2024

Comité editorial:
Alejandra Guadalupe Meza Jacome
Alejandro Siliceo Ramírez
Ángel Enrique Valdivieso Priego
Camila Vidal Zárate
Emilio Govela Sevilla
Mariana Pérez Ramírez
Mayra Patricia Martínez González

Ilustración de portada:
Mayra Patricia Martínez González

Revisión ortográfica:
Ángel Enrique Valdivieso Priego

Colaboradores de esta edición:
Alejandro Siliceo Ramírez
Amanda G.
Ángel Enrique Valdivieso Priego
Cai Jin Xi
Camila Vidal Zárate
Claudia Esther Cornelio Cruz
Darío Risquez Wojtarowski
Emilio Govela Sevilla
Frida Montesinos Gamboa
Jazmín Gerón Romero
Leonardo Carreno Canché
Mariana Sánchez Antonio
Nelly Guevara Hernández
Sofía Torres
Wendy Sánchez Barrientos
Yeliny Castillo

Imágenes:
Todas las imágenes utilizadas en esta revista, con la excepción de la portada, pertenecen al dominio público o están publicadas bajo una licencia Creative Commons. Ninguna de estas imágenes nos pertenece y se indica siempre el nombre del autor.

Información:
Prácticas de vuelo es una revista estudiantil, y no está afiliada oficialmente con la Universidad Veracruzana.

Correo electrónico:
practicasdevuelo@proton.me

Sitio web:
https://practicasdevuelo.neocities.org

ÍNDICE

04 — **Editorial**, Ángel Enrique Valdivieso Priego

Cuento

05 — **El ardiente resplandor**, Darío Risquez Wojtarowski
07 — **Morí, eso pasó**, Leonardo Carreno Canché
11 — **Silencio**, Sofía Torres
13 — **Por última vez**, Nelly Guevara Hernández
17 — **Solo Dios Sabe**, Camila Vidal Zárate
19 — **Maldición de familia**, Camila Vidal Zárate
24 — **La partida**, Emilio Sevilla Govela
30 — **Mirada bajo las estrellas**, Alejandro Siliceo Ramírez
34 — **Inesperado**, Jazmín Gerón Romero

Poesía

35 — **Me cuesta entender**, Mariana Sánchez Antonio
36 — **¿Qué es eso que el hombre tanto teme?**, Wendy Sánchez Barrientos
38 — **Instrucciones para volar**, Ángel Enrique Valdivieso Priego
40 — **Tres poemas de Frida Montesinos**, Frida Montesinos

Otras prosas

43 — **Untitled / Sin título**, Cai Jin Xi
45 — **Diagnóstico sobre un oído**, Yeliny Castillo
46 — **Al deporte**, Wendy Sánchez Barrientos
47 — **El color del amor,** Amanda G.
48 — **Tócame**, Jazmín Gerón Romero
49 — **Cercanía lejana**, Claudia Esther Cornelio Cruz
53 — **Algunas confesiones sobre la muerte**, Ángel Enrique Valdivieso Priego

Editorial

Ángel E. Valdivieso Priego

El primer cuento de Jorge Luis Borges no fue, como yo pensaba hasta hace poco, «Hombre de la esquina rosada», ni tampoco alguno de los relatos de *Historia universal de la infamia*, sino «El rey de la selva». Incluso entre los más adeptos a Borges, son pocos los que conocen este texto, que narra la muerte de un tigre a manos de la cruel astucia del ser humano. Fue publicado en un periódico escolar, en 1912; su autor tenía trece años.

Poco hay de reconocible en este primer cuento: quizá solo una cierta misantropía y la obsesión por los tigres que aparece en todos los rincones de la obra de Borges. Sin embargo, basta tomar conciencia de que este es el mismo hombre que después escribiría *Ficciones* y *El Aleph* para sentir la reverencia y el asombro de quien ve nacer a una leyenda.

También Rosario Castellanos, en su ensayo «Escrituras tempranas», recuerda un par de versos que envió cuando niña a «la única revista ilustrada para niños que se publica entonces»:

> Me gusta leer *Paquín*
> porque sale Rin-tin-tín.

¿Obra maestra? Difícilmente. Pero es un comienzo.

Algunos dirán que textos como estos tienen valor solo retrospectivamente, como objetos de museo, testimonios de lo que alguna vez fueron Borges y Castellanos. Yo creo que Jorge Luis, niño y Rosario, niña existen independientemente de sus versiones adultas. Jorge Luis, un día, decidió escribir un cuento sobre un tigre, ese animal que le fascinaba contemplar en los zoológicos. Rosario, frente a unos versos de Julio Hoyos, sintió la necesidad de escribir su propia versión. En ninguno de ellos existía aún conciencia del destino, de la literatura, del oficio de escribir que después abarcaría sus vidas.

Queremos no solo agradecer, sino que también *felicitar* a todos los colaboradores de esta primera edición de *Prácticas de vuelo*. Desconozco si entre nosotros hay futuros Borges y Castellanos; lo cierto es que esta revista sirve, si no para nada más, como un testimonio de esa fuerza profundamente humana, de ese sentimiento milenario que aún está en el centro de todas las empresas artísticas: la pura alegría de crear.

El ardiente resplandor

Darío Risquez Wojtarowski

Ilustración de 1909 por Byam Shaw, originalmente para *Selected Tales of Mystery* de Edgar Allan Poe.

Cuando se incendiaron las colonias nadie lo vio llegar. Teníamos la mente en otras cosas; las tensiones con la colonia rival estaban aumentando, expandían mucho su territorio y demasiado rápido, tenían filas más fuertes y numerosas. Habíamos entrado en conflicto con ellos antes y nos redujeron casi a la mitad, y a los que no mataron los obligaron a trabajar para ellos.

Nuestra paranoia subía mientras la moral bajaba; todos estábamos aterrados pero nadie abandonó la colonia. No podíamos, nunca había ocurrido y ninguno de nosotros sería el primero en hacerlo. Nuestro orgullo y el hecho de que funcionábamos como una unidad no nos lo permitía, así que sólo ignorábamos todo lo que nos gritaba desde adentro que huyéramos.

Ocurrió al octavo día. Un grupo pequeño fue enviado a recoger comida al mismo tiempo que una compañía de la colonia rival había salido por material. Nos topamos en el camino y nos quedamos tiesos, mirándonos a las caras por lo que pareció una eternidad. Cuando por fin reaccionamos nos lanzamos sobre ellos; ninguno de los presentes sabía pelear bien, todos éramos obreros, así que como pudimos nos golpeamos y mordimos. La escaramuza debió durar unos seis minutos hasta que se detuvo de golpe; nosotros éramos diez, quedamos tres. Ellos eran doce, quedaron ocho.

Regresamos lo más rápido que pudimos con los nuestros mientras nos perseguían. En cuanto llegamos a la colonia salieron inmediatamente dos grupos a defendernos y eliminaron a seis de nuestros perseguidores; los que quedaron regresaron a su territorio.

Avisamos a todos de lo sucedido. Sabíamos que iban a volver pronto; era mejor mantener nuestra posición, defendernos y dar todo para repeler su ataque en lugar de atacarlos nosotros, pues conocíamos a la perfección nuestro terreno y ellos nos superaban por

una cantidad absurda en números.

Después de esperar unos minutos que parecieron días, ellos llegaron y nos empezamos a matar unos a otros al instante. El conflicto se extendió por unas horas. Íbamos perdiendo, aunque logramos defendernos mejor de lo esperado, hasta que los obreros nos empezamos a ver abrumados por la rápida caída de nuestros soldados. La mayoría huyó al corazón de la colonia, una zona que seguía intacta del combate. Me paralicé en medio de todo. Eventualmente todos lo hicieron, pues la tierra empezó a temblar y no teníamos idea de qué estaba pasando, y ahí ocurrió. Una ola de fuego que caía desde el cielo empezó a arrasarnos. Todos dejaron de pelear, tanto obreros como soldados, y huimos a lo más profundo de la colonia.

El resplandor naranja ardiente se abrió paso como si nuestras construcciones no fueran más que aire. Yo estaba en un hoyo en el suelo junto con un soldado de la colonia rival y otro obrero de la nuestra. Cuando todo acabó permanecimos unas horas más dentro del agujero, solo para estar seguros. En cuanto salimos fuimos recibidos al exterior por una nube de ceniza, la hierba, alguna vez abundante y verde, ahora escaseaba y la poca que quedaba era de un negro profundo. La tierra aún hervía, pero empezaba a enfriarse rápidamente.

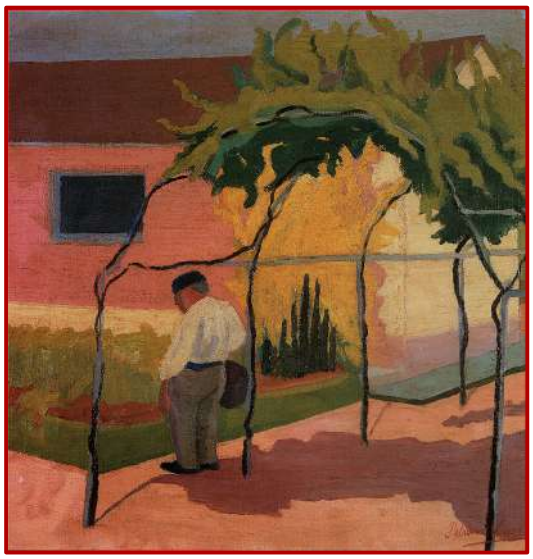
Todos estaban muertos, toda la colonia había desaparecido. De algunos ni siquiera había rastro, otros estaban rostizados en el piso. Los tres que quedamos fuimos a la otra colonia; el soldado tenía miedo de que el fuego hubiera llegado hasta allá, el otro obrero y yo de que no nos aceptaran. Al final el soldado tuvo razón. Solo quedaban cinco en su territorio, ellos nos contaron lo que provocó el incendio. Leslie, la hija menor de una familia de cinco que vivía cerca de nuestras colonias, había sido castigada por sus padres, y en una rabieta tomó un cuadrado de metal, al cual luego de retirarle una tapa y girar una rueda producía fuego. Colocó ese objeto encendido delante de un cilindro que sujetaba con su otra mano y al presionar su cabeza el fuego cubrió toda la tierra.

Ambas reinas murieron, así que ninguna de las colonias logrará recuperarse. Nosotros ocho somos los últimos de ambas y en cuestión de máximo una semana y media estaremos muertos por viejos.

Han pasado cinco días… cómo extraño el hormiguero.

Morí, eso pasó

Leonardo Carreño Canché



El viejo jardinero (1920), de Petrona Viera.

Ya pusiste esa cara otra vez, por eso no me gusta contarte las cosas. Ahora te aguantas, primero preguntas y luego ya no quieres. Ya sé que doy muchas vueltas y te molestas porque te confundes pero no me vuelvas a interrumpir, por favor, porque se me olvida en dónde me quedé.

Ya te dije que estabas ahí, ¿verdad? Bueno, en todo momento caminamos, platicamos, ya te acordarás que la casa de la tía no era grande pero aun con el corto tamaño del terreno, dábamos de vueltas en los árboles y nos reíamos de aquellos recuerdos de cuando jugábamos y terminábamos con raspones en los brazos después de caer por jugar con la carretilla, aquella vieja y oxidada. Ya te acordarás de los secretos que tanto escucharon las aves, de las hojas que nos oyeron reír y del viento, aquel viento de verano, que nos acompañó con sus murmullos.

Era un día como cualquier otro de esas vacaciones cuando éramos jóvenes. Entre el duraznero y el limonero. Curioseando entre las piedras, recogiendo caracoles. Por supuesto, ya no somos aquellos muchachitos y así te recuerdo, más viejo y adulto, pero riendo como en tus buenas épocas.

Pronto, por motivos que desconozco, te llamaban. Te buscó una voz que venía desde adentro de la casa. No puedo reconocerla; aunque quisiera, no podría hacerlo. Al menos no soy capaz de recordar si era de un hombre o una mujer, pero te marchaste, te vi cruzar el marco de la puerta y te perdiste. Me quedé sólo pero seguí caminando. No puedo saber cuánto tiempo anduve así, entre el sueño y el recuerdo.

Me sentí cansado, no paraba de frotarme los ojos ni de bostezar, pero seguí caminando. Fue muy extraño. De verdad no podía parar, ¿ya te lo dije? Caminé mucho, ya no estaba en casa de la tía. Hacía rato que dejé de ver las conchas vacías de los caracoles. No sabía

dónde pero no me detenía. Aun con esa extraña sensación de cansancio y sueño, yo seguía.

Olía a tierra, madera, pasto. Sentía frío, mucho frío, pero no tenía la necesidad de abrigarme. El sol me llegaba por entre las hojas y una leve neblina me envolvía.

Pasé mucho tiempo andando, aunque no lo parezca. Al menos yo sentí que fue así.

Recuerdo haberme apoyado en uno de los tantos árboles, apoyar mis rodillas sobre el suelo, adolorido, claro, ya no son las mismas rodillas que antes tenía y en ese instante no hubo excepción. Cerré mis ojos.

Sí, lo sé, es extraño, pero pasó.

Sentí el viento, me despertó. Ya no estaba ni en el terreno de la tía ni en ese paisaje tan único. Onírico paisaje verdoso, eterno paraíso. Había colores, flores de todo tipo. Caminé mucho tiempo.

Me detuve, lo miré, no podía creerlo. Ahí estaba frente a mí y yo frente a él. Tan tranquilo, sereno. Su presencia me atrapaba. Lo vi, es verdad, pero él no me veía. No todavía. Quería apreciarlo antes de romper con el silencio.

No comprendí en dónde estaba pues en ningún lado él podía estar. Ya no, lo sabes, pero estábamos, estábamos juntos y ya nada importaba. Me abrazó la sensación del recuerdo y me acarició la nostalgia. Me besó la calma.

Me acerqué más, todavía más.

Me invadieron las dudas. Estábamos, es verdad, te juro que lo es, pero no podía encontrar las respuestas a ese tren de pensamiento que me arrollaba y que ponía en duda toda lógica y razón. Claro, él no puede ni pudo ni podría estar, ya no. No hay cura para eso. Pero lo tenía de frente.
Estaba de espaldas, lo encontré así, como siempre, regando sus flores, tan sereno, lento, dedicado. Susurraba, les hablaba, ningún pétalo se quedó sin halagos. Pero eso ya lo sabes.

Me armé de valor, estiré mi brazo y le toqué por el hombro. El tiempo se detuvo. Y me di cuenta, cerré los ojos y después lo vi. Solamente encontré una respuesta para todo ello.

Morí. Eso pasó. Si ambos estábamos juntos es porque yo fui con él. No hay otra explicación.

Pero antes de que digas algo, déjame seguir, porque, si me interrumpes, puedo olvidarme de todo y no quiero eso.

¿En qué estaba?

Ah, ya me acordé.

Se incorporó poco a poco, despacito, como es propio de los

viejos; pude verlo con detalle. De verdad era él. Su rostro redondo, moreno; sus ojos pequeños, marrones; sus manos agotadas, adoloridas, ásperas, desgastadas por el tiempo y el uso; su grisáceo cabello, escaso, muy escaso, con el que bromeaba diciendo que ya estaba demasiado largo y necesitaba urgentemente un corte. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas aquel rostro, tan calmado, ese semblante tan sereno? Su rostro, imperturbable, daba tanta calma en los días de tormenta.

Ahora sí, lo tenía frente a frente, cara a cara. Sus ojos con los míos.
No lloré; quería, pero no pude. Ambos nos dijeron que cuando llegara su día no teníamos que llorarles y hasta la fecha lo cumplo. He querido, sin duda, pero me aguanto. Lo vi y no lloré. Me sentí muy contento, tranquilo. Ya me hacía falta verlo. ¿A ti no?

Había tantas cosas que, soñando despierto, pensé en decirle y ponerle al día cuando volviese a verlo. Nada pasó. Nada le dije. Solo lo vi. Y me vio. Sonrió. No había nada por hablar. Me sonrió, no con sus dientes, solamente con sus labios. Sonrisa sincera. Un abrazo tierno, de padre a hijo. Hijo falso, prestado. De verdad, eso pasó, te lo juro, morí, morí, morí. No me veas así, eso pasó y yo lo vi. Ahí estaba. Con los brazos extendidos, me recibió con un fuerte, fuertísimo abrazo. Cariño de padre a hijo.

Yo no dije nada, no había nada por decir.

Fue cuando lo tuve entre mis brazos que en la garganta se me hizo un nudo, que perdí el aire y las fuerzas de mis músculos me abandonaron. No sabes cuánta felicidad había en ese abrazo. Tanto por contarle, pero mi silencio lo dijo todo.

Nos separamos, tenía su izquierda tomándome por el brazo derecho y con la otra me acarició el rostro. Seguí su mano con la mejilla y no pude evitar haber cerrado los ojos.

Entonces desperté, la oscuridad de la habitación me envolvió y apenas se dejaba apreciar alguna que otra lucecita que se colaba de la calle por entre las cortinas. No sé qué hora pudo ser. Suspiré un par de veces sin dejar de pensar en lo que pasó. Yo morí, de verdad, y me vi con él. Así se sintió. Yo morí, ¿verdad? Ojalá hubiera sido así. Tanto quise repetir la sensación del abrazo que me terminé abrazando a mí mismo, a las almohadas y las sábanas.

No, no te rías de eso. Yo queriendo contarte con sinceridad

aquel sueño tan bello y único y solamente recibo tus gestos confusos. Pero dime, ¿te ha pasado? ¿No has soñado con él? ¿Lo extrañas? Yo sé que sí.

Hermano mío, sé que lo extrañas tanto como yo. Ahora ven, desgraciado, abrázame fuerte, pues no sé si este sea otro sueño como aquel que te he contado, abrázame antes de que me vuelva a despertar.

Silencio

Sofía Torres

Foto de la exhibición de diciembre del 2000 del Museo de Historia Natural de Lille.

Ya no huele a naranjas en casa de Chali, ni el río fluye por entre las piedras lisas. Extraña cuando en junio golpeaban los mangos el techo de lámina, allá en la infancia, cayendo en picada desde su ramaje opulento. El mirlo dejó de cantar, ya no se posa en el jobo y no la despierta del ensueño vespertino, ni la dispone para la noche y sus recompensas, cuando llega el aliento felino y las uñas se hacen garras, y sobre su carne desnuda brota un pelaje manchado.

Sedienta, hambrienta y sola, Chali vive pensando que no tiene nada, excepto el don. Los ojos son hendiduras que ya no guardan relámpagos, la boca una grieta, la figura raquítica. Anda con rodillas que crujen, entrañas que duelen y piel amarilla y reseca. Los cabellos son largos y muy negros, trenzados por última vez en tiempos del calor soportable; ahora flotan a la deriva y son tan escasos como su entendimiento del presente.

Años nuevos, ese nombre recibió la época de su madurez cuando se acabó el agua y lo verde se hizo café, negro y gris. Así le llamaron los hombres de las pantallas. Chali tenía una en su casita antes del incendio, aquel horror provocado por quién sabe qué gente a modo de venganza. Se deshizo de ellos visitándolos, echándoles tierra mala en el patio, no duraron ni una semana; al último lo vio agonizar desde la ventana y sonrió complacida ante un suspiro final aterrorizado, escupiendo sangre. No se arrepintió de aquello. Le dolieron sus árboles, los nidos quemados, los cuerpitos de sus gatos alcanzados por las llamas que todavía se arrastraron hasta ella cuando la vieron llegar y se le murieron en las manos.

El tiempo hizo efecto en Chali. Se siente al margen. Le comenzó a dar miedo ir a la ciudad, repleta de luces y metal, de gente extraña. En el pueblo ya no hay casi nadie, solo

vejestorios como ella, siluetas de humanos paridas por algo que murió. Sigue teniendo el don, pero a cada paso, a cada memoria olvidada y achaque brotado, le parece más inútil. El ocelote siempre había sido su animal, abrazando las madrugadas para tomar su forma y hacer encargos de todo tipo: robar, enfermar, asustar, esparcir malos aires o llevarle vidas a la muerte. Ahora, en los años nuevos, ya nadie requiere los servicios de la mujer que se transforma en bestia, y ella misma dejó de emprender sus propios negocios vengativos en medio de un tiempo que se empecina en borrarla.

Estos años nuevos exprimen a Chali, no la quieren, la mastican y la escupen. Y ella se recoge a sí misma con una fuerza casi extinta. Llora en las noches extrañando el olor a naranja, el canto del mirlo y su vitalidad felina. Sobrevive en un cuartito, entre los restos de su casa y el tiempo antiguo.

Chali respira sus aires finales porque ahí viene algo. Con un estirón doloroso se le cae la piel humana, un arrancamiento que deja nacer al ocelote pequeño, en los huesos. Camina temblorosa entre el monte y se detiene frente a la luna blanca. “Ya me voy, ya ya me voy”, dice con voz suavecita, mientras ve a la sombra negra llegar del aire, a la que siempre le hacía regalos de alientos. “Vámonos, vámonos”, suspira y la abraza. Chali extrañará su casa, pero entre los filamentos de niebla y silencio encontrará otro lugar.

Por última vez

Nelly Guevara Hernández

Retrato sin fecha de Dorothée de Courlande (1793-1868), por Claude-Marie Dubufe.

Por cuarta vez en toda su vida, Mercedes era el centro de atención de un evento. Sin embargo, con cierto temor, podía atreverse a admitir que ese era el más significativo y excitante de todos, aunque no podía revelar plenamente su sentir, mucho menos a la familia de su ahora difunto esposo, por el cual lloraban desconsoladamente.

Conocidos y desconocidos se acercaban a ella para darle el pésame con palabras torpes e insulsas, todo el mundo la veía de reojo y murmuraba a sus espaldas por la pobre viuda. "¿Qué hará ahora?", "tan pobrecita sin marido ni hijos". Incluso la familia de su esposo, los cuales nunca la habían aceptado como parte de ellos, le preguntaban con preocupación si había dormido, si había probado bocado, si se sentía enferma, si necesitaba un pañuelo, si, si, si…

Ella solo les respondía que estaba bien, que a pesar de su edad era fuerte, que a su querido esposo nunca le hubiera gustado verla tan deprimida por su inminente partida. Detrás de ese pañuelo y su mantilla negra escondía sus verdaderos sentimientos, la satisfacción de pensar que a pesar de que su marido estaba al lado, inerte y rodeado de flores y cirios, ella era la protagonista, era ella la que se llevaba las miradas, el objeto de murmuraciones, preocupaciones y chismes malintencionados que a esas alturas de su vida ya no le importaban. Era ella la que lo opacaba por una vez.

Era justo ese final, ese giro de los acontecimientos que la llevaba a ser la protagonista de este velorio, porque su marido ya no estaba en el mundo de los vivos, ya no podía saber quién había venido, quién le había traído más flores o quién lloraba más amargamente su su partida. No, ella era la que

recibía el pésame, la que indicaba donde poner las flores, a qué hora hacer los rezos; incluso tuvo el privilegio de escoger la ropa que el difunto usaría hasta la eternidad. Ella fue quien decidió donde poner el ataúd en la gran sala y, por alguna perversa razón, eso le daba una sensación de control que hacia mucho no sentía.

Las cosas no siempre habían sido así, y ella pensaba en todo esto mientras se sentaba al lado del féretro, pasando ocasionalmente la mano como para consolarse, llevándose el pañuelo al rostro como para ocultar su llanto y posando el rosario sobre sus labios para confesarse. Pensaba, a la luz de los cirios, que había aguantado al hombre durante mucho tiempo. Un estúpido enamoramiento de juventud la había llevado a esa casa, a esa vida que ella siempre pensó que quería. Sin embargo, pronto se dio cuenta que la vida en matrimonio conllevaba más sacrificios que recompensas, porque su deber era permanecer al lado de su esposo y entregarse completamente a satisfacer sus necesidades, mientras él era libre de seguir con su vida, como si ella no existiera.

Su esposo había matado el amor que ella pudo llegar a sentir, lo había arrancado de su pecho con cada mentira, con cada deuda, con cada llamada extraña, con su indiferencia, con su menosprecio, con su rudeza y con la forma en la que la hacía sentir como una niña a su merced, como sólo una mera extensión de él, un accesorio que exhibía ante su familia y sus colegas de trabajo.

Su vida, sin darse cuenta, empezó a rodar alrededor de su marido. Su mente rodaba alrededor de sus comidas, de su ropa, de plancharle, de lavarle, de complacerlo, de evitar hacerlo enojar, de mantener siempre su licor favorito a la mano, de remodelar los muebles a su gusto, de hacerlo quedar bien ante sus amistades, de ignorar a sus amantes… eso había estado en su mente durante demasiados años y el simple hecho de recordarlo hacia que Mercedes apretara fuertemente el rosario entre sus dedos.

Su marido le había arrebatado muchas cosas, había reducido su identidad a un mero título incluso antes de casarse; ella solo era su prometida, su esposa y ahora su viuda, siempre suya. Parecía que aún después de muerto seguía intentado aprisionarla, reducirla a una mera extensión de su nombre,

pero ya no podía conseguirlo más, porque eventualmente vivos y muertos tenían que desprenderse de alguna manera, cortar ciertos lazos de forma definitiva.

No obstante, Mercedes pensaba con un poco de vergüenza, no ante los demás reunidos en esa sala sino ante Dios, si el no sentirse devastada por la muerte de su esposo sería considerado un pecado. Sólo le había llorado una vez al hombre, cuando recién había exhalado su último aliento, pero supuso que era más por la afectación que le había dejado ver a su esposo sufriendo a causa de un infarto fulminante, que al dolor de no volver a verle. Podía pensar que aquellas lágrimas habían sido más por histeria que por verdadero pesar.

Ahora no podía sentir dolor, a pesar de que ese era el único sentimiento que se respiraba en los funerales. Todo lo que ella podía sentir era una persistente sensación de ansiedad que brotaba desde lo más profundo de su pecho, una ansiedad que la colocaba en el futuro, que la hacía esperar el final de toda esa serie de rezos y de llantos, de velas y de flores secas, para por fin poder llevar a cabo ese plan que se fue maquinando incluso antes de que su esposo muriera, porque tenía la seguridad de que Dios en su gran misericordia haría que ella le sobreviviera, dejaría que por fin tuviera un poco de libertad por una vez en su vida.

Pensaba en qué pasaría cuando los sobrinos y hermanos del difunto, sus amistades, sus amantes incluso, se dieran cuenta que ella se hubiera marchado, sin dejar ningún rastro y ninguna pista de su paradero, cuando ni siquiera hubiera dejado un centavo a la hora de escapar. Por Mercedes estaba perfecto si incluso todos los presentes se olvidaban de su existencia después de este momento, donde todos parecían estar enfocados en ella, como una actriz misteriosa que cumple con su papel estelar para después no volver a aparecer en ninguna obra.

No obstante, Mercedes tenía que volver a la realidad, al presente que aún la obligaba a cumplir con su papel de viuda abnegada y doliente, la cual podría intentar seguir a su marido al menor descuido... si todos supieran que su sentir era otro muy distinto. Pero, por el momento, estaba dispuesta a interpretar formidablemente su último papel ante estas personas, antes de no volver a verlas.

—Señora, ¿le parece si

empezamos ahora?

—Sí —respondió con voz queda —. Necesito despejar mi mente.

—Como guste. Empieza el santo rosario; por favor, todos pónganse en pie. En el nombre del…

Solo Dios sabe

Camila Vidal Zárate

Pintura al óleo, sin fecha, de Leonel Gutiérrez Tamayo.

—¿Oíste? Dicen que Don Ciro desapareció.

—¿Ciro Juárez?

—¡Ese mero!

—No hombre, ese se peló por andar detrás de una muchachita.

—¡Qué va! Si yo acabo de verlo, apenas la semana pasada.

—Porai' en el pueblo dicen que querían su rancho y como no lo quiso dar le dieron cuello.

—Para mí que a Ciro Juárez se lo echó la mujer. Si dicen que la veían bien acompañadita de otro hombre.

—¿Cómo cree, compadre? Si doña Cande es una señora de respeto.

—Pues uno de los mozos del rancho contó que cuando salió a buscarlo sólo encontró a las vacas más allá de los límites del rancho. Por allá donde dicen que se aparece la bruja.

—¡Pobre Ciro! ¡Se lo chupó la bruja!

—Ay hombre. Como son ustedes de argüenderos e incrédulos que se andan creyendo los chismeríos del pueblo. Ya hasta viejas parecen.

—Entonces cómo explica usted, Don Juan, que de un día pa' otro Ciro Juárez se haya desaparecido sin dejar huella, pues si ni cuerpo han encontrado como pa' decir que ya se petateó.

—Pues sea lo que sea, solo el propio Ciro y Dios saben la verdad.

—Eso sí, tío. Que nuestro señor le ilumine el camino de regreso.

—Así es, solo queda esperar noticias. Ahora a trabajar que pa' eso nos pagan.

Era una calurosa tarde de 1960 cuando Ciro Juárez, hacendado del sur de Veracruz, salía con sus vacas a pastar. Ciro conocía el rancho como la palma de su mano y no había pierde. Se alejó con sus animales en compañía de su perro Negro, mestizo de gran tamaño y muy fiel a Ciro. Para no volver jamás.

Don Ciro Juárez no regresó a la

hacienda esa noche, ni el día siguiente, ni los demás.

En el pueblo, a pesar de los rumores, nunca supieron qué fue lo que verdaderamente sucedió. No hubo cuerpo encontrado, ni rastros de desaparición forzada.

Ciro el hacendado y el Negro desaparecieron sin dejar rastro alguno. Como dos fantasmas mezclados entre la niebla.

Maldición de familia

Camila Vidal Zárate

Ilustración de 1915 por Frank Wiles, para *Strand Magazine*.

No me autocompadeceré, ni mucho menos me pondré en la posición de víctima, porque sé que no he sido una persona buena, pero finalmente soy eso, persona. Pero si tuviera que hacer comparación entre él y yo, existe entonces una brecha muy grande, porque mientras las acciones de él fueron producto de su propio egoísmo, las mías fueron únicamente con el objetivo de sobrevivir.

Todo comenzó con mi madre y mi padre, se unieron sin amarse, los obligaron, como era la costumbre de aquel tiempo. Mi madre, Sara, era una mujer bella, tranquila y amorosa; por otro lado mi padre, José, era un hombre rudo, tosco y malhablado. Aunque no existiera un verdadero amor, se toleraban. Bendita sea la hora, señor, en que se casaron.

Tuvieron dos hijas. La mayor, Concepción, murió apenas seis meses de nacida. Tenía un problema del corazón y la pobrecita no pudo aguantar. Fue una gran pena para todos, sobre todo para mis padres. Eso marcó el declive de su civilizada relación; se culpaban el uno al otro. A los dos años, nací yo, y aunque pensaría usted que sería una alegría para Sara y José, no fue así. Cegados por el odio mutuo que crecía entre ellos, se olvidaron de su hija menor, que no era tan solo un producto de un matrimonio que no quisieron. No fui del agrado de ellos, nací por suerte, y porque el aborto era mal visto. No me veían como su hija, y yo aprendí a no verlos como mis padres. Fui criada por mi abuela, la madre de Sara. Ella me cuidaba en el día, cuando los otros dos salían a trabajar; me mandaba a la escuela, me ayudaba con las tareas, me enseñó a cocinar, a valerme por mí misma y a no dejarme de nadie. En las noches regresaba a casa, donde seguramente ya estaban Sara y José discutiendo. Esa mala relación escaló cada nivel de violencia posible. Comentarios mordaces, insultos discretos,

posteriormente continuos, peleas verbales, gritos, y finalmente golpes. La casa era más un *ring* de pelea que un cálido hogar. Cada noche surgía otro problema que, por más insignificante que fuera, terminaba con ellos dos agarrándose a golpes. Recuerdo bien el día que lo marcó todo, todo de mí. Tenía diez años y había regresado de la casa de mi abuela. Afuera de la casa ya se escuchaban los gritos, el escándalo de cosas aventadas. Entré silenciosamente e intenté escabullirme hacia mi habitación. Ellos dos estaban ahí, en la sala, alterados y gritándose:

—¡Mujer inútil! ¡No sirves para nada! ¡Ni siquiera para darme hijos serviste!

—¡Inútil tú! ¡Borracho flojo y malnacido! ¡Maldita la hora en que me casaron contigo!

Quería irme, encerrarme, como siempre lo hacía cuando ellos peleaban. Pero no pude, algo me obligaba a quedarme. Tal vez ese día fue el quiebre, traían ya muchos corajes atorados, o qué sé yo. Pero fue el día que terminó todo. Me quedé ahí, observándolos en silencio, aunque para ellos yo no existía. Como siempre, después de gritarse vinieron los golpes, ésta vez fueron más violentos que de costumbre. Cuando me di cuenta Sara estaba contra el suelo, pataleando y manoteando, intentaba quitarse a José de encima, quien la tenía por el cuello con sus manos toscas, y una expresión furiosa en su rostro. Recuerdo el sonido de las sirenas a mi alrededor, oficiales uniformados que llegaron cuando los vecinos dieron aviso de la pelea a la comisaría. Separaron a los dos, a José lo esposaron, a Sara ni la movieron; seguramente ya estaban esperando a los peritos. No supe si murió ahí, frente mío, o camino al hospital, pero no la volví a ver jamás. A mí me llevaron al DIF municipal y me mantuvieron allí hasta que llegó mi abuela. A partir de ese día juré nunca pasar por una relación así. Gracioso, ¿no lo cree, señor? Irónico, más bien.

Ahora se estará usted preguntando por qué le cuento todo esto, pues verá, lo considero primordial para que usted pueda entender mis acciones. Rousseau decía que al hombre es la sociedad quien lo corrompe. Y todas estas acciones de mi pasado marcaron un inicio y un final de quien soy ahora y de quien fui alguna vez.

A los veintiuno conocí a Javier, era un hombre dulce, que decía amarme con fervor. Yo también le quería. Nos casamos, no obligados,

fue por amor. Vivíamos en una casa espaciosa, muy bonita y cómoda. Era una vida tranquila, y me gustaba mucho. Pero usted sabe, no todo puede ser color de rosa, ¿verdad? Lastimosamente esa buena vida que llevábamos se vio interrumpida por una crisis económica del país. Muchos empleados de distintas empresas fueron despedidos, entre ellos mi Javier. Al inicio no se rindió, consiguió un pequeño trabajo, menos remunerado, pero honrado. Mientras yo me hacía cargo de nuestro hogar, y al mismo tiempo hacía pequeños trabajos de confección.

Pronto, tuvimos que mudarnos a una casa más chica, y vender la casa principal, porque el dinero ya no alcanzaba. Mi Javier comenzó a trabajar todo el día, doblaba turnos y regresaba muy tarde a casa, o de plano ya no lo hacía. “Si no trabajo no comes, mujer” decía cuando le recriminaba no verlo a diario. Ya no llegaba a casa ni los fines de semana. Se portaba distante cuando estaba conmigo, ya no me miraba, no me besaba. Ya no se sentía el mismo amor del inicio. ¿Esta usted casado, señor? Seguro que sí. ¿No es el temor de cualquier matrimonio que se apague la llama del amor? Sí que lo es.

Comenzamos a discutir ocasionalmente, peleas verbales. Sobre llegar muy tarde, no llegar en días, que se me desapareciera. Yo solo estaba preocupada por él. Esas peleas se volvieron continuas, más cuando comenzó a llegar ebrio a la casa. Llegaba tambaleándose, y apestando a alcohol. Exigiendo comida que no comía porque toda la desperdiciaba en sus alucinaciones de borracho. Tiraba todo a su paso. Está bien, hasta ese momento seguía haciéndome la fuerte y aguantando al borracho de mi marido. En el fondo, con la ilusión de toda mujer enamorada, aún guardaba la esperanza de recuperar mi matrimonio; usted me entiende, señor, seguramente si su matrimonio va mal también quisiera recuperarlo.

Un día salí de noche a comprar pan para cenar. A lo lejos vi a alguien muy parecido a mi marido, mi desdichado marido que no llegaba a casa desde hacía tres días. Y lo seguí, quería saber si de verdad era él y a donde se metía, o si solo era mi paranoia. Caminaba en silencio y trataba de mantenerme a unos pocos metros de distancia. Se paró frente a una cantina y se metió. Yo también lo hice, y al entrar supe que efectivamente era él, y no estaba

solo. Una mujer, tan de mala muerte como el bar, estaba encima de mi marido. En ese momento señor, se lo juro que no me importó nada. Me hervía la sangre del coraje. Porque ese malnacido se la pasaba despilfarrando dinero en alcohol y mujeres, mientras que yo buscaba cómo sustentar la casa sola, buscaba dinero hasta debajo de las piedras para poder tener comida que llevarme a la boca.

Me dejé llevar, eso lo reconozco. Me acerqué a ellos y jalé de los pelos a la vieja esa. Mientras le gritaba histérica a Javier. Le pegué una cachetada y armé un escándalo en aquel lugar. Lo saqué a él a rastras, mientras forcejeaba y gritaba que lo dejara en paz y me largara a la casa. Obviamente no lo hice, me sentía encolerizada. Llegamos a la casa y todo se desató.

— ¡No puede ser, Javier! ¡Que yo me parta el lomo para traer comida a esta casa mientras que tú te emborrachas en bares de mala muerte y gastas el dinero en putas!

—¡Cállate, mujer! ¡Tú no sabes nada, no tienes idea por todo lo que he pasado!

—¡Javier, yo he sufrido las mismas cosas que tú y no me hice una alcohólica! ¡Borracho malnacido!

Y entonces me golpeó. En esos momentos ya no nos veía a Javier y a mí como a nosotros mismos. En lugar de eso, observaba a Sara y José. Javier se abalanzó sobre mí, no para molerme a golpes, sino que me empezó a tocar y a besar.

—Como me interrumpiste la diversión ahora me la darás tú, ¿me entiendes?

Me tocaba de manera obscena, como nunca antes me había tocado. Me sentía sucia, señor. Me tenía contra el piso, con la falda alzada y las manos de él entre mis piernas. Comencé a llorar, tenía mucho miedo. Mientras intentaba sacármelo de encima, buscaba algo con que defender. Entonces, sentí la navaja que Javier siempre guardaba en una funda al costado de su cinturón. Esa que siempre llevaba a todos lados. Como pude la saqué. No quería hacerlo, se lo juro señor. Esa no era mi intención inicial. Solo quería defenderme. No puedo recordar lo que sucedió después de eso, me sentía muy cansada, física y emocionalmente, así que me dejé llevar por la oscuridad. Cuando desperté ya estaba aquí, pero eso usted ya lo sabe, sabes todo lo que pasó después, desde ese día hasta hoy. La psicóloga dijo que mi cerebro había bloqueado el recuerdo. No

puedo recordarlo, y sinceramente tampoco quiero. Pero ahora que ya le he contado todo esto en mi declaración escrita, dígame usted, señor, ¿hice lo correcto? Después de todo solo estaba tratando de sobrevivir.

La partida

Emilio Sevilla Govela

Viking Armada, pintura sin fecha de Edward Moran (1829-1901).

Karve dejó caer el pesado cofre sobre las tablas del muelle, soltando un gruñido. Se quedó observando unos instantes aquel bloque desgastado de madera y hierro, luchando contra el impulso de sentarse sobre él. Lejos quedaban los días en los que podía acarrear el baúl de un lado a otro con apenas esfuerzo, y, últimamente, aquel condenado trasto parecía hacerse más pesado con cada día que pasaba. Respiró profundamente, esforzándose en ignorar el dolor en sus músculos y articulaciones. De todos los enemigos contra los que había peleado, el paso del tiempo había resultado ser el más resiliente y el más despiadado.

Así que permaneció de pie, inmóvil como un árbol viejo, observando en silencio los barcos anclados en la bahía mientras eran cargados con provisiones para el inminente viaje: hilera tras hilera de esbeltas embarcaciones, de proa alta y muchos remos, una vista habitual en los pueblos y ciudades costeras de aquella tierra. Sin embargo, no eran los barcos mercantes y de pesca que día tras día amarraban en el puerto; eran barcos de guerra, recios y veloces, los temidos navíos dragón que habían cosechado un siniestro renombre en muchas costas.

Ver semejantes navíos zarpar en tal número era siempre una promesa de guerra, y había guerra en el horizonte; el Gran Rey Saemund había llamado a las armas. Y ese era el motivo por el cual Karve y muchos otros hombres y mujeres diestros en el manejo de las armas se encontraban en aquella bahía, en una fría mañana de primavera, preparándose para desafiar viento y oleaje para acudir a la inminente contienda.

Acompañando a los guerreros, acudían al puerto una plétora de hombres y mujeres de todas las edades, y si bien muchos eran trabajadores de los muelles y lugareños contratados para ayudar en el embarco, una parte

importante estaba conformada por los amigos y familiares de quienes estaban a punto de partir: madres, padres, hermanos, hermanas, amigos y demás allegados. Acudían a despedir a los seres queridos, a los cuales quizá no volverían a ver. Se rezaban plegarias y se otorgaban bendiciones, se pronunciaban deseos de buen viaje y buena fortuna, se entregaban recuerdos y regalos de partida, se hacían votos y juramentos de regresar pronto, con gloria y fortuna, o bien de enorgullecer a la familia que se quedaba atrás.

Había lágrimas, nacidas del temor y de la angustia, pero también risas y alardes, pues era propio de los guerreros negarse a mostrar cobardía frente a sus familias y a sus iguales. Algunos, que habían venido de lejos y ya se habían despedido de su gente en su lugar de origen, se apresuraban a embarcar, en solitario o en grupos pequeños; otros subían a los barcos acompañados por miembros de su familia, o de sus sirvientes —en el caso de los más ricos—, quienes se encargarían de los trabajos del campamento y demás consideraciones logísticas.

Era, pues, una mañana ajetreada, y el rumor de cientos de voces se confundía con los gritos de las gaviotas y el murmullo del mar, formando una cacofonía que, aun con todo su ruido y su discordia, no logró perturbar en lo mínimo la adusta expresión con la que Karve observaba el muelle, los barcos y a la gente, ni tampoco logró disipar la sombra de melancolía que se arrastró hasta lo mas profundo de su pecho. Y es que, aun en aquel puerto ruidoso y atestado, rodeado por centenares de otros seres humanos, el guerrero envejecido, estaba tan solo como un viajero que hubiese quedado atrapado en un escollo remoto tras un naufragio. Nadie había ido a despedirse de él, nadie lo esperaba en casa y las pocas personas que le importaban también se embarcarían en la expedición. Normalmente no pensaba mucho en ello; la soledad se había convertido en otra parte de su día a día, como podía ser el frío por las noches, el olor a sal y a pescado del puerto, o la cantidad cada vez mayor de cabellos grises y castaños que encontraba cada mañana en el manto doblado que le servía como almohada.

No había sido siempre de aquella manera. Tiempo atrás, Karve había tenido una familia; padres, tíos, hermanos, primos, incluso una esposa e hijos. Había tenido

una familia; padres, tíos, hermanos, primos, incluso una esposa e hijos. Había tenido amigos, cercanos a su corazón, hermanos en todo menos en sangre. No recordaba mucho de aquella época, enturbiada por los años y por no pensar en ella, pero recordaba de que aquellos habían sido años buenos, y que no estaba solo.

También recordaba una época en la que la pena por todas esas muertes le había quemado como una lanza al rojo vivo enterrada en su pecho, una época en la que se había ahogado en alcohol hasta perder la conciencia todas las noches, y en la que se había metido en peleas constantemente, furioso con el mundo que le había arrebatado tanto.

Esos días pasaron, y lo que había sido una herida abierta y dolorosa en su espíritu cicatrizó para convertirse en un callo insensible. La mayoría del tiempo, apenas y pensaba en las personas que había perdido, y, cuando lo hacía, difícilmente sentía más que una fría indiferencia. Sin embargo, había momentos en que el dolor regresaba, junto con las memorias (o lo que quedaba de ellas) y aquella soledad que le agobiaba parecía haber convocado ambos.

* * *

Fueron muriendo, uno por uno. Algunos fallecieron por enfermedad, otros cayeron por la espada, a más se los llevó la helada. Karve perdió a su padre cuando era muy joven, y de todos sus hermanos, solo él sobrevivió hasta la adultez; el resto fue víctima de la enfermedad y del frio, o falleció en el feudo de sangre que se cobró la vida de gran parte de su familia. Su madre no tardó en reunirse con ellos, victima de un mal aire que se la llevó mientras dormía.

Años más tarde, sepultó a su hijo mayor, que murió en un duelo; su esposa murió dando a luz a su segundo hijo, que murió en la infancia. Las muertes no se limitaron a su familia de sangre; a lo largo de una vida como guerrero, Karve vio caer a muchos amigos, y, con el tiempo, acabó por distanciarse de los que aún le quedaban, ganándose la reputación de un hombre solitario y sombrío.

Con cada año que pasaba, los nombres y los rostros se volvían más y más borrosos, confundiéndose ente sí: nombres y rostros de familia y amigos, nombres y rostros de aquellos a quienes haba matado, se

mezclaban unos con otros, fantasmas neblinosos que acechaban en los rincones de su memoria.

Pero él seguía vivo, después de todas las batallas y todas las peleas, después de todas las tormentas y todos los inviernos, él seguía vivo, y todos los demás no. Y mientras todos ellos se desvanecían en las brumas de su memoria, él seguía en pie, negándose a morir, siempre avanzando, sin detenerse, un día tras otro, más por inercia o terquedad que otra cosa.

* * *

Volvió a dirigir la mirada hacia su viejo arcón, pasó una mano callosa sobre la madera. Todo lo que era su vida en aquellos días estaba en aquel baúl. Con la excepción de la ropa que llevaba puesta, el escudo que llevaba colgado al hombro y la daga y la espada aseguradas a su cinturón, todas sus posesiones estaban en aquel cofre: más ropa, mantas y otros enceres personales, un cuerno de guerra y otro para beber, puntas de lanza, un hacha, un yelmo y una cota de malla, algunas joyas y demás baratijas, una brújula Dwerim, amuletos protectores, algunas medicinas, vendajes y material de primeros auxilios, así como un puñado de brazaletes, anillos y monedas, algunos de oro, pero la mayoría de plata, una pequeña fortuna, fruto de años de gastos frugales y botines de guerra que, sin embargo, no creía nunca llegar a gastarse. Simplemente no se le ocurría nada en lo que valiera la pena.

A diferencia de la mayoría de los guerreros, que tomaban las lanzas en tiempos de guerra y que, al terminar la campaña, volvían a sus campos o sus oficios, Karve pertenencia a un grupo más reducido que hacía de la guerra su modo de vida. Algunos trabajaban como mercenarios, ofreciendo sus servicios al mejor postor; otros se dedicaban al bandidaje o a la piratería; otros, como él, juraban lealtad a un rey o señor y se unían a su séquito a cambio de botines y regalos.

Aquellos guerreros, por lo general, no solían vivir hasta la edad de Karve. Los pocos que lo lograban normalmente amasaban suficiente fortuna como para colgar las armas, comprar un pedazo de tierra y retirarse más o menos pacíficamente, antes de que la edad les pasase factura. Aquellos veteranos que, como él, seguían en el oficio de las armas pasados cierta edad, lo hacían normalmente por un amor excesivo

por la batalla, mala fortuna, lealtad personal. O eran como Karve, y no tenían nada a lo que volver.

Era por eso que no tenía un hogar propio, ni más pertenencias de las que cabían en aquel viejo baúl. A cambio de sus servicios, el rey Saemund le daba un techo y comida, y le recompensaba generosamente en plata, oro y otros presentes, la mayoría de los cuales repartía entre sus guerreros. Había quien lo admiraba por eso, alabando su lealtad, su dedicación y su desprendimiento. Nunca le había importado, regalaba su riqueza porque no le veía ningún uso, y seguía peleando y siendo leal al Gran Rey porque luchar y mantener sus juramentos era lo que siempre había hecho, lo único que sabía hacer.

Pero no le significaba ninguna satisfacción. Cualquier alegría en su vida se había marchitado con la muerte de cada una de las personas que amó algún día. Con el pasar de los años; incluso el dolor se fue desgastando hasta quedar romo e insensible, como el filo de una espada a la que se le ha dado demasiado uso.

Seguía adelante, día gris tras día gris, interrumpido por agudos momentos de pena cortante, sin sentido de propósito o de aspiración. Hechiceros y videntes hablaban constantemente del Destino, de como cada criatura, desde el menor de los gusanos hasta los mismos dioses, tenía un papel que cumplir en el gran tapiz del universo, y que se veían inexorablemente arrastrados hacia ese papel.

A lo largo de su vida, Karve había dejado de creer en muchas cosas, como la gloria o en el favor de los dioses; sin embargo, nunca había dejado de creer en el Destino, y es que había visto cómo, una y otra vez, un Destino en común unía a todos los seres humanos. Sin importar cómo hubieran vivido, o dónde hubieran nacido, al final de camino, reyes y mendigos se hermanaban en el frío abrazo de la muerte.

Muerte, ese era el verdadero rostro del Destino, destino que había eludido a Karve por muchos años, pero que nunca estaba demasiado lejos. Así como la soledad, su propia mortalidad era una certeza ineludible. Por buena o mala fortuna, se había mantenido con vida todos esos años, como si fuera un bote arrastrado a la deriva por la marea de los Hados, una suerte de herramienta en las manos del Destino, portando

consigo la muerte de otros mientras él seguía viviendo.

En aquellos raros momentos de introspección, cuando el peso de los años y de la pérdida caían sobre sus hombros, Karve se preguntaba si valía la pena seguir peleando, si no sería mejor ir al encuentro del Destino, arrojarse a lo desconocido por primera vez en muchos años, dejar atrás aquel mundo hueco y frío, y navegar hacia costas extrañas, mundos más allá del conocimiento de los mortales.

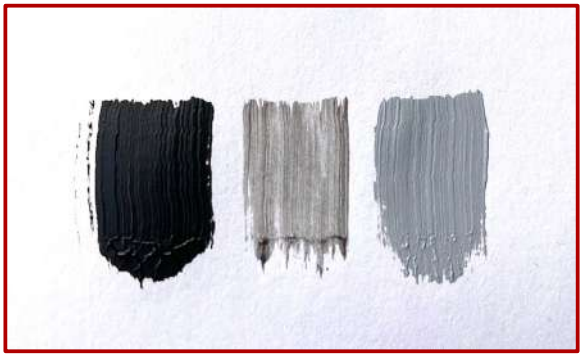
Se inclinó por encima del muelle, unos ojos pálidos y tristes le devolvieron la mirada. Seria fácil, muy fácil levantar el baúl, y con la totalidad de sus posesiones materiales entre sus brazos, dejarse caer al frío abrazo del mar oscuro. Terminar la tortuosa y triste saga de su vida. Descansar al fin, dormir para siempre en un lecho duro y gélido de roca marina.

Era fácil, pero también era imposible. Al final, daba igual si acababa con su propia vida, pues el Destino era inexorable; Karve sabía que el día de su muerte nos estaba lejos, había sobrevivido muchos inviernos y muchas tormentas, muchos duelos y muchas batallas. Podía esperar un poco más, tanto como hiciera falta. Y cuando finalmente llegara su hora final, la enfrentaría en sus términos, dejando atrás el miedo y con toda la dignidad que le quedara. Esa era la última ascua que ardía en su ajado corazón, la última sombra de propósito que lo impulsaba a seguir vivo. Se lo debía a sí mismo, y a todos sus muertos.

Así que apartó de su mente la pena y los recuerdos, y, con un gruñido de esfuerzo, se cargó el cofre al hombro. Con pasos seguros, recorrió la pasarla para abordar el barco, determinado a zarpar al encuentro con su Destino.

Mirada bajo las estrellas

Alejandro Siliceo Ramírez



Bone black acrylic paint (2021). Fotografía del usuario de Internet JohanahoJ.

Ahí me encontraba, viendo cómo sus ojos azules reflejaban la luz de las estrellas como arroyo de agua cristalina en el que se oculta un tesoro incalculable.

El mundo del arte es ese gigantesco paisaje en el que admiras incontables obras junto a sus incontables creadores. Toda persona que se dedica a la disciplina queda enamorada de este, pero muy pocos somos los que formamos parte. Entrar a la élite es un viaje magnífico; llegas como ese artista inexperto, pasional y con la mentalidad de que las ideas en tu cabeza cambiarán el mundo. Crudos sueños tan frágiles como hojas de ceiba.

Llevo un tiempo de haber hecho mi última comisión. Me sentía muy satisfecho, pero el dinero faltaba. Necesitaba empezar un nuevo trabajo, podría hacer una obra para un museo, pero me arriesgo al no tener claro a quién va dirigida; pronto el teléfono sonaría y el cliente agendaría su cita. Su llegada no llevó mucho tiempo, unos tres días para ser exacto. En mi espera solo podía imaginar su apariencia por el timbre de su voz.

Se trataba de una mujer alta, de un largo cabello lacio y negro, el cual le llegaba a la parte media de la espalda, unos ojos azules oscuros que opacaban la luz de su alrededor y una piel blanca como la nieve. Era una mujer que venía de Europa y había hecho un largo viaje para obtener un retrato, por lo que intuí que se trataría de un encargo complejo.

Cada persona es un retrato andante, y cada uno de sus movimientos son pinceladas que los hace relucir como la más jugosa fruta para nosotros los artistas. Historias durmientes que se cuentan en las marcas de su piel, pensamientos que se ahogan en silencio espeso en el iris de sus ojos, pisadas y gestos que son un retrato de su persona.

Al entrar al estudio parecía tener un carácter serio y frío, por lo que ya estaba analizando cómo es que llevaría a cabo el trabajo para que ella quedara más que complacida.

Dos pasos fueron necesarios para que esa idea de carácter formal se perdiera, ya que al verme me dio una gran sonrisa y extendió su mano.

—Mucho gusto, Selina Goldstein, hablamos por teléfono hace unos días —dijo la mujer. Yo por simple formalidad estreché la mano.

—Es un placer tenerla aquí en Los Ángeles, señora Goldstein; espero que su vuelo no haya tenido ninguna complicación —respondí mientras soltaba su mano.

Acciones como el contacto y la amabilidad de los clientes son pistas de que son personas conformistas, y el brillo que en sus ojos que se generaba me hacía perder fe en ella…

Aquellos ojos brillantes parecían llenos de inocencia y desconocimiento del mundo del arte. Era como ver un recuerdo de hace muchos años, ese ser que creía entrar a un bosque de conocimiento, pero solo se entregó a una espesa jungla llena de pesadas lianas de técnicas y reglas.

—Por favor, con Selina basta y no, todo el vuelo fue maravillosamente tranquilo.

Tras el saludo la invité a tomar un asiento y le ofrecí un vaso con agua para poder hablar más a fondo sobre el trabajo.

—Tengo entendido que quiere un retrato de usted misma, ¿me equivoco? —pregunté.

—Así es, no encontré ningún artista en Reino Unido el cual me convenciera. Después fue que conocí su trabajo, que debo decir que me parece magnífico.

Cada palabra que decía era un ladrillo que rompía esa idea que tenía sobre una conocedora del arte. Claro que no encontraría a nadie interesante en Reino Unido, es claro que no sabía dónde buscarlo. Seguramente veía a las pinceladas como un trabajo “fácil de aprender, pero complejo de dominar”. Cómo odio esa idea. No hay nada de sencillo en aprender la fuerza y dirección que cada trazo necesita.

—Le agradezco sus cumplidos, pero no hay que perder mucho tiempo, ¿puede tomar asiento en el banco que tengo de este lado? —le pedí, dándole permiso para entrar en la parte del estudio en la que normalmente trabajo.

Ella asintió y se fue a sentar, apenas se terminó de acomodar, yo tomé unas fotos para usar de referencia y así empezar a trabajar, le dije que el retrato estaría en unos días por lo que ella era libre de irse a otra parte. Al principio ella se sorprendió.

—¿No necesita que me quede posando?

—Lo haría si estuviéramos en el renacimiento, gracias a dios o a Nicéphore Niépce ya no es necesario.

Ella parecía estar ligeramente confundida, pero agradeció y salió del estudio.

Tardé unos cuatro días en terminar el retrato, llenaba el lienzo con pinceladas uniformes; solo seguía un patrón casi matemático. Muchos me criticarían llamando a mi arte "poco pasional". La verdad es que todos esos criticones son monos sin una pizca de conocimiento en técnica. Terminé el retrato en la cuarta noche y al verlo completado creí que sería suficiente para sorprenderla, así que sin más preámbulos llamé a Selina para que viera el resultado final; mi vacío e indiferencia por el cuadro me hacían sentir seguro. Ella no tardó mucho en llegar a pesar de que ya eran altas horas de la noche. Llegó muy emocionada a ver el retrato, pero su emoción desapareció al verlo.

En ese momento lo que menos esperaba era recibir alguna observación, mi sorpresa fue cuando dijo que el trabajo no la había convencido.

—¿Qué es lo que no le convence? —pregunté tratando de no sonar ofendido.

—Es lo mismo que ver una foto, es como los trabajos de los artistas que vi en Reino Unido, lo elegí a usted porque sentía que capturaba la esencia de cada persona con la que trabajaba, pero aquí, solo veo pintura, no una obra —dijo con un tono de decepción.

A pesar de su opinión negativa, ella decidió que era una obra "linda" y que la experiencia en Los Ángeles fue placentera, por lo que decidió llevársela como recuerdo. La acompañé a la salida aún estupefacto de haber recibido esa crítica. ¿Por qué? He oído esas palabras miles de veces, tantos críticos y profesores de la academia las dictaron y solo las pasaba de largo, ¿qué era lo que ella tenía? ¿Cuál era ese enigma que le permitía a su daga verbal herirme?

Al llegar, había un vehículo esperándola por lo que nuestra despedida fue rápida, ella me miró una última vez antes de cerrar la puerta del auto y ahí fue que vi mi error…Su sonrisa y ojos… No eran los mismos que había retratado en mi trabajo ni con la cámara. ¿Cómo lo lograba? He visto a cientos de clientes entrar como un misterio y salir como una hoja en blanco.

Sonrisa blanca que parecía hablarme en un dialecto de otro mundo, miles de mensajes que se enviaban, pero no llegaban. ¿Qué me quería decir? No lo entendí en ese momento, sin embargo… fueron sus ojos los que me lo revelaron. Ojos azules que ahora me daban una probada de aquella profundidad del océano que el hombre no ha tocado, con ese oscuro vacío en medio que me mostraba ese cosmos que ningún astrónomo ha podido describir.

Ventanas del alma que reflejaban la luz de las estrellas: esa era la belleza que no pude capturar en mi obra, el auto arrancó y corrí nuevamente al estudio en donde con únicamente mi memoria repliqué ese último momento que compartimos.

Mientras trabajaba no podía parar de pensar en los últimos años en que la mayoría de las personas que había atendido eran parecidas y simples, a tal punto que lo estandaricé como belleza. Todas esas miradas y personas sin esencia que recitaban palabras igual de insípidas que sus dictadores, solo eran orangutanes, que me tiraban lianas, que me detenían y ataban, pero el día en que llegó una persona que era realmente compleja solo la ignoré por no ver más allá y desestimé la venustidad de sus emociones. Contemplo mi pintura terminada, y al igual que la mirada de Selina, es tan filosa que con admirarla puedo cortar aquella prisión en la que tantos primates me habían capturado…

Inesperado

Jazmín Gerón Romero

Ilustración sin autor (1948~1952), publicada en el *Carnet d'écoute* de Henry Mégard.

Tan solo era un paseo más, no sabía que me esperaban las calles de siempre, la gente habitual, parece que todo fue planeado; había olvidado mis audífonos al salir, pero no pensé en regresar por ellos. Lo hubiera hecho...

Oí tu voz, animada mientras hablabas con alguien al otro lado de la calle; el corazón me dio un brinco alegre y sentí el calor subir por las manos, quise ir a abrazarte una vez más, di un paso hacia ti...

Error mío, no miré al cruzar...

Me cuesta entender

Mariana Sánchez Antonio

A Child's Dream of a Star (1871), ilustración de William James Linton.

Me cuesta entender que estás
en otra parte sin que puedas regresar.
Me cuesta entender que tu sonrisa
solo quedó en una fotografía;
que tus abrazos y tu mirada
se volvieron en mi agonía.
Mi corazón te vuelve a recordar,
pero llora en silencio sin encontrar la felicidad.
Miro al cielo, ahora sé que eres la estrella
más maravillosa que guía mi camino.

¿Qué es eso que el hombre tanto teme?

Wendy Sánchez Barrientos

¿Qué es eso que el hombre tanto teme?
El miedo a perder,
casas
relojes
joyas
carros,
un bien material, bien colocado.
Sus empobrecidas mentes,
me gritan, me desgarran,
me toman del brazo y me dicen
«ES MÍO»

El hombre piensa que
todo le pertenece,
la vida de sus semejantes y
no semejantes; toda cosa
inanimada e animada.
Absolutamente, toda la faz de la tierra;
pobres mentes cariacontecidas,
me compadezco de cada una de ellas,
pues llegará el día en que todo eso
desaparecerá, junto con su cuerpo y espíritu.

Litografía a color, sin fecha, por C. Engelman..

Aquel que los observa desde lejos,
se burla de ellos, y contempla
con una ancha sonrisa,
su cena, sus almas, su fuerte.
El alcohol, las drogas y el dinero,
son sus mejores amigos.
Van tomados de la mano,
en busca de su próxima víctima;
todo lugar al que pasan,
Se pudre
  se oscurece
Su maldad penetra y acecha
los corazones, hasta que
de pronto, ya no queda nada.

Celebran y solemnizan,
pues, ahora tienen nuevos
corazones con los cuales jugar,
día, tarde y noche, hasta el fin de los tiempos.

Instrucciones para volar

Ángel E. Valdivieso Priego

Correr,
casi saltar,
caer a tientas sobre el lodo;
desdeñar la tierra,
añorar el cielo
con nostalgia de aves desplumadas;
montar el Sol, empuñar sus riendas
sin rogar la protección de Febo,
soportar el fuego,
soportar el trueno,
levantarse y comenzar de nuevo.

Olvidarse sólido,
creerse ráfaga, humareda,
río de helio desbocado:
como una piedra condenada
a la que permiten soñar que tiene alas,
que despega cuando en realidad la lanzan,
que se alza con el viento
cuando en realidad cae en picada,
que se pierde entre las nubes
cuando en realidad se hunde en en una charca.

Cuervos en un árbol viejo (siglo XVIII), Yosa Buson.

Inventar, sí, mil nuevas formas de fallar,
de estrellarse contra el suelo,
de gemir, de llorar, de arrastrarse,
de quebrarse y de reunir las piezas,
mientras los pulmones no se atasquen con la sangre,
mientras el alma pueda creer que existe el alma
y el silencio guarde espacio suficiente para un grito:

y un día saltar,
casi caer,
correr a tientas sobre el aire.

Tres poemas de Frida Montesinos

Pintura sin fecha de Eugenio Cruz Vargas.

Palabras aladas

Un vuelo de mariposa
cuando enorme y yermo sea el mundo,
cuando se busque un faro en el fondo del desierto,
cuando lentos los pies imantados crean retroceder.
Un diáfano batir de alas en el rostro
puede ser una respuesta,
cuando por dermis y pupilas también se escucha,
las respuestas tienen alas, reverberan, florecen,
El vuelo tenue y fugaz de una mariposa
en el preciso instante de cuestionar
al aire, a la tierra, a las piedras,
es palabra que a nuestra pequeña sombra ilumina:
para toda voz un eco y un oído.

Sin título

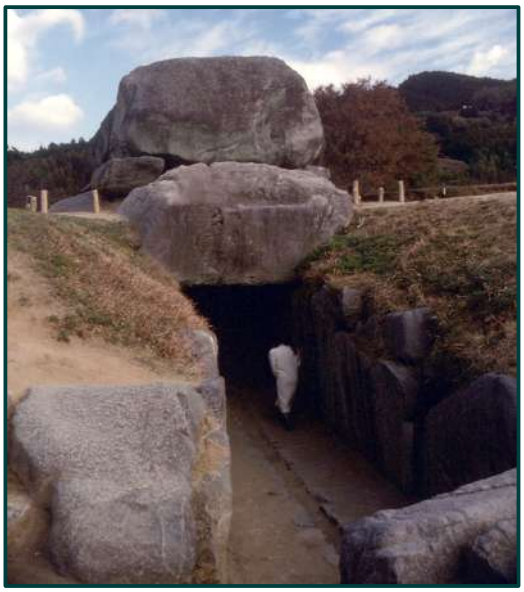
A veces no hacer, mirar el techo,
quedarse en la cama,
dejar en espera al mundo
con sus fauces abiertas,
puede ser un acto político.
Uno se puede dormir
por días enteros, y al despertar
seguirá siendo gris
el humo de los camiones,
no se habrán movido
de sus esquinas la patrullas,
y en el noticiero:
una nueva temporada
en la serie Israel vs Pakistán.
Hay de quienes convendría,
mejor pasaran más tiempo dormidos,
y así, no echaran a andar
la gran máquina del mundo
como una oxidada rueda de la fortuna.

Sin título

Una pulcra enemistad con el polvo
para los desencantados de tierra,
un culto al brillo y su frenético ritual
de posesiones.
Donde el resplandor del sol no deslumbra,
acaso lo hagan los espejos
y aquellas falsas ventanas
donde los pájaros que olvidan volar
gustan de mirarse reflejados.

Untitled / Sin título

蔡 晉熹 (*Cai Jin Xi*)



Ishibutai With Figure (2005), fotografía de Frank Gualtieri.

Este texto fue originalmente escrito en inglés. Su autor estudia actualmente en Canadá. La traducción española (columna derecha) es trabajo de los editores de *Prácticas de vuelo*.

Given life, the strongest desire now is to exist inside quotation marks.

Sensuosity, you experience when you forget yourself. Leave books unread, buried in mountains.

I learned only one thing in college, it was when I exited the exam halls and was thrown down a flight of hoarfrost lathered stairs, the first humanity that glowed in me in years.

What business does this stuttering imagery have, to prostrate itself at the feet of someone in southern Mexico?

Ya que tenemos vida, nuestro deseo más fuerte es existir dentro de un par de comillas.

Sensualidad que experimentas solo cuando te olvidas de ti. Deja los libros sin leer, enterrados en montañas.

Aprendí sólo una cosa en la universidad, cuando salí del salón de exámenes y caí disparado hacia unas escaleras cubiertas de jabón y escarcha. Fue la primera humanidad que brilló en mí en años.

¿De qué sirve esta imagen tambaleante, este postrarse a los pies de alguien en el sur de México?

Collapse is a continuous motion that keeps happening, a self portrait printed on sepia ink, the pale sun behind you bleeds into the contours of your face.
Elsewhere, retainers lay in wait crouching, bulging thighs.
Elsewhere, sex organs yawn apart, rebounding shape and scent.
Impressions cover you, damp and persistent. You wring out those you shed and insulate its emotional residue onto yourself.
Everything interlinked, beauty eludes your seamless mind.

Colapso: un movimiento continuo que sucede aún, un autorretrato impreso en tinta color sepia, el sol pálido detrás de ti sangrando los contornos de tu rostro.
En algún lado, hay sirvientes que esperan agachados, con los muslos en bulto. En algún lado, hay órganos sexuales bostezando hasta deshacerse, mutando de forma y olor.
Las impresiones te cubren, húmedas y persistentes. Exprimes aquellas que se derraman de ti y te impregnas con el residuo de sus emociones.
Todo está conectado, la belleza se evade de tu mente tan lisa.

From what I see outside the window, a street lamp glows just out of view. Light but consolidated chunks of snow are drifting south within the dark night.
I write what I see here. 'From my apartment: snow drifts upwards in a quality like the burned papers in grandfather's funeral pyre'.
I am not in my apartment, it is not snowing, I don't know my grandfather.

Miro fuera de la ventana, una lámpara brilla más allá de mi vista. Ligeros pero sólidos fragmentos de nieve se deslizan hacia el sur en plena noche.
Escribo lo que puedo ver desde aquí. 'Desde mi apartamento: la nieve se desliza hacia arriba, de una forma similar al papel ardiendo en la hoguera funeral de mi abuelo'.
No estoy en mi apartamento, no está nevando, no conozco a mi abuelo.

Diagnóstico sobre un oído

Yeliny Castillo

Die Euphonie (2010), pintura de Zoro Mettini.

Es de madrugada y a lo lejos unas luces me reconfortan. No sé si la contemplación es algo propio de las nuevas generaciones. Yo opino que no. Los libros de antes dicen que no.

Algo destruyó mi paz hace tiempo, pero la guitarra triste de aquella canción me la devolvió. Le dije a ella que me gustaba cuando las guitarras imitaban el sonido del piano y le vomité una tesis del porqué suenan mejor cuando son melancólicas que cuando son agresivas. Pareció entenderlo, y en sus ojos vi la pregunta de si algún día iba a poder apreciar las imágenes que no fueran borrosas.

Tal vez sea porque no veo muy bien, y toda mi vista son sombras, pero puedo ver las ondas que entran a mi oído y se dibujan como una gran pintura.

No puedo vivir de otra forma, me atraen las voces y el ruido, y es disfuncional, porque sólo así puedo sentir, y puedo pensar. Cada vez se desgasta más y más, pero me enseñó el amor y a veces la paz. Gracias a él pude imaginar, con una memoria inexistente, que corro en una ciudad azul, donde no tengo que comer. No tengo que dormir. No tengo que pensar.

Si pudiera salirme de este cuerpo, y ser una aparición que canta y escucha, tal vez sería feliz; tal vez me encuentre a mí misma en medio de alguna lira, o de un sintetizador.

Al deporte

Wendy Sánchez Barrientos

Fotografía de un partido en Suiza, 1970, tomada por Wolfgang Lindroos.

¡Hipócrita! En qué momento pasaste de ser un deporte fenomenal, a uno irracional. En qué momento dejaste apagar la chispa que te mantenía vivo. En qué momento tu balón dejó de rodar sobre limpias calles y pasó a sucias y manchadas calles, donde miles de manos quieren tocarte.

En qué momento permitiste que profanaran tu nombre, miles de ojos están sobre ti, te observan, con deseo de seguir exprimiendo toda tu esencia. Miles de papeles verdes pasan encima de ti, pero tú no recibes nada...

¡Oh! Pobre, me compadezco de ti, espero el día en el que las almas se den cuenta del gran negocio al que están contribuyendo, pues tú te fuiste hace años y ahora lo que vemos solo es papel moviéndose de aquí para allá. ¡Oh! Deporte mío, ahora solo me queda recordar los gratos momentos que pasamos juntos, sí, en aquellos momentos donde aún podía observar la gracia y bondad de tu ser.

El color del amor

Amanda G.

Estudio D, pintura de Egon Tschirch.

Cafés son los ojos que me han cautivado, con aquel oscuro cabello danzando al aire.

Cuando llegaste a mi vida, tu sonrisa era tan cálida como el amarillo sol de un amanecer.

El azul de tu suéter combinaba con la grandeza del vasto cielo azul.

De los campos verdes comenzaba a florecer el amor que nació en el interior de un corazón, latiendo a tu dirección.

Las flores color violeta pintaban el paisaje de tu ser, cada vez que te acercabas miles de colores formaban un arcoíris entre aquella oscuridad, tus manos sujetando mi corazón color rojo, color amor.

Cuando me miras puedo ver mis anhelos, puedo ver que la felicidad existe y que eres tú.

Todo lo que anhelo, todo lo que quiero ser, y aquella persona la cual espero sea quien camine conmigo en esta vida.

Tócame

Jazmín Gerón Romero

Les amants (1939), pintura de Konstantin Somov.

Déjame sentir tu cercanía, conocer tu calor; la verdad, me aterra acercarme. Pero ese cosquilleo debajo de mi piel está presente cada que hablamos, parece que algo en mí te conoce desde hace tanto, o será el instinto ese sentimiento salvaje, pelear o huir, perpetuar la especie…

Tócame por favor, quiero descubrir la reacción del tacto de tu piel en mi piel, conocer el sabor de tus labios, sentir cómo tu aliento choca con el mío, cómo me lleno de tu aroma, el calor que podemos crear, quiero sentir cómo el deseo crece entre ambos, quiero, quiero…

Con los sentidos alterados tócame, quiero perderme, déjame recorrer con mis labios tu cuerpo, acariciarte lentamente, ver cada uno de tus lunares y marcas. Déjame besarte primero, después bésame suave y delicadamente para perdernos apasionadamente. Dejemos que nuestros cuerpos se conecten, que vibren uno junto al otro, que se llenen de deseo, que se conozcan secos y se vuelvan húmedos en el salvaje contacto, siénteme, víveme, explotemos juntos hasta que los cuerpos se agoten, hasta que las fuerzas se acaben y entonces tendidos uno junto al otro…

Tócame, que quiero que mi piel se llene de ti y la tuya de mí…

Tócame…

Cercanía lejana

Claudia Esther Cornelio Cruz

Mural en la Plaza de Canarias, Tazacorte. Foto de Frank Vincentz.

Personajes

LI, *tez blanca, ojos azules y cejas pobladas, mediana y delgada; está vestida con una blusa blanca, un overol de mezclilla y botas negras, y peinada con su cabello ondulado trenzado.*

POÊLE, *de tez morena, ojos morados y cejas pobladas, alta y delgada, vestida con un traje de buceo rojo, de cabello castaño rizado de dos colas.*

Escenario

Villa en Puerto Ceiba con una barra a su izquierda y mesas en el centro, Paraíso, Tabasco. Orilla de la laguna Mecoacán.

Es una tarde soleada, calurosa y con viento a la laguna en Villa Puerto Ceiba. Li está capturando los mejores paisajes paraiseños con su cámara fotográfica Yongtage.

LI: Mesero, ¿me podría traer una orden de tortillas al mojo de ajo y un jarra de pozol, por favor?

(En aquel momento habita el silencio.)

LI *(desesperada):* ¡Mesero, he pedido un platillo y no recibo respuesta de parte suya!

(Una pareja de aventureros africanos está comiendo al lado suyo.)

LI *(tocándole la espalda a la mujer):* Disculpe, ¿sabe la razón por la que el mesero tarda en tomar la orden?

(De nuevo un silencio absoluto se apodera del lugar.)

LI *(desesperada):* ¡Le he hablado*!*

(Un hombre brasileño de la mesa de atrás come un pejelagarto asado.)

LI *(tocando su hombro):* Disculpe, ¿sabe por qué se ha tardado tanto el mesero?

(Sigue el silencio atacándola.)
(Una familia llega, pide la orden.)

LI *(alzando la voz):* Señorita, llevo una gran parte del tiempo esperando mi orden.

(Nadie la escucha.)

(La mesera tabasqueña se retira después de tomar la orden.)

LI *(gritando):* ¡Señorita, de mí no se olvide!

(Siguen sin escucharla.)
(Mirando hacia el cielo angustiada, baja sus ojos desesperanzada y ve que unas burbujas salen de las aguas, por lo cual va a investigarlas.)
(Las observa admirada, luego toma su espuma y al colocarlas en su frente, Poêle sale de la superficie.)

LI *(asustada)*: ¡Auxilio!

(No la escuchan.)
(Poêle se quita el casco y toca el hombro de Li.)

LI *(recordándola)*: ¿Eres tú, Poêle?
POÊLE: Sí, tantos momentos juntas hemos vivido *(irónica)*, ¿y no me recordabas?
LI *(nostálgica)*: Te recuerdo como si fuese una niña aún, sólo que al crecer te olvidas de aquello que querías ser.
POÊLE *(triste)*: Lo comprendo, tus sueños y los míos se separaron demasiado, que nos fuimos de nuestro lado para afrontar este inmenso mundo.
LI *(aliviada)*: Pero, ahora gracias al destino estamos unidas de nuevo. *(Viéndola a los ojos)* Espero nunca separarnos.
POÊLE *(tomándola de las manos)*: Por suerte estos lazos no se rompen con facilidad. Aunque nos olvidemos, volveremos a recordarnos.

(Poêle asciende del líquido a fin de abrazar a Li.)
(Poêle y Li dejan de abrazarse y caminan a la barra del restaurante « Doña María ».)

LI: ¿No deseas algo? Pero te advierto que se demorarán, desde que llegué no me toman la orden.
POÊLE: No, muchas gracias. *(Riéndose)* He comido mariscos hasta el cansancio. *(Indignada)* No es posible.

(Otro mesero está parado delante de ellas, tomándole la orden a una viejecita simpática de corazón argentino.)

POÊLE: Disculpe, mi amiga ha pedido su orden y no se la han traído.

(Silencio total.)

LI *(desesperada):* ¡Señor*!*
POÊLE*:* No escuchan, ¿por qué?
LI: Tal vez necesitan más tiempo; han llegado extranjeros, foráneos y locales.

POÊLE *(mirándola fijamente)*: ¿Segura?
LI: Sí.
POÊLE: Está bien.
LI *(temerosa)*: Ya que estamos esperando juntas, ¿puedo hacerte preguntas?
POÊLE *(extrañada)*: Sí, con mucho gusto te responderé.
LI *(preocupada)*: ¿Cómo llegaste hasta aquí?
POÊLE: Gracias a la marea rebelde; estaba en una expedición para mi investigación de buceo y repentinamente una ondulada espuma me trajo a esta dirección.
LI *(nostálgica)*: ¿Recuerdas los viejos tiempos en el que viajábamos en cayucos, creyéndonos piratas?
POÊLE *(nostálgica)*: Sí, *(riendo)* le hacíamos un sinfín de travesuras a las gaviotas.
LI: Sólo nos teníamos la una a la otra y con eso éramos felices sin saberlo.
LI: ¿Dirías que está predeterminado nuestro encuentro?
POÊLE *(extrañada)*: ¿Predeterminado?
LI *(decepcionada)*: Perdón por haberte causado sufrimiento.
POÊLE *(confundida)*: ¿Sufrimiento?
LI *(confundida)*: ¿No recuerdas nada?
POÊLE *(confundida)*: ¿Debería de acordarme de algún hecho inestable para preocuparme?
LI: En una tormenta te accidentaste y falleciste ahogada. Desde tu muerte mi imaginación se limitó a no recordarte.
POÊLE *(incrédula)*: No es cierto, estoy soñando. El motivo de que no me vieran es porque están tan presionados por el turismo que algunas personas son invisibles a sus ojos.
LI *(alzando una ceja)*: ¿Segura? *(Mirándola con ojos desafiantes)* Pruébalo.

(Una mesera caribeña le toma su pedido a un niño pequeño de ojos tristes y labios con expresión de puchero.)

POÊLE: Ya lo veras, ese niñito si me escuchará. *(Exclamando)* ¡Hola!

(Un silencio impregna el ambiente.)

POÊLE *(confundida)*: ¿Por esa razón nadie me ve o me escucha?
LI: Sí, sólo porque eres de mi creación imaginaria.

POÊLE *(confundida)*: ¿Soy una muerta imaginaria?
LI *(temerosa)*: Sí.
POÊLE *(temerosa)*: ¿Creada por ti?
LI (*temerosa)*: Sí.
POÊLE *(temerosa)*: ¿Mi vida y mi muerte, también?
LI *(temerosa)*: Sí.
POÊLE *(confesando)*: Igualmente eres una muerta imaginaria, creada por mí.
LI *(confundida)*: ¿Cómo? *(Incrédula)* Estoy soñando como tú hace un rato.
POÊLE *(impresionada)*: ¿En serio?, *(irónica)* ahora no me crees lo dicho por ti.
LI *(obligada)*: Bien… te creeré. ¿Quién era yo?
POÊLE: Una huérfana, como yo, a la cual ahogaron.
LI *(confundida)*: ¿Ahogaron?
POÊLE: Las aguas de la tormenta te ahogaron.
LI *(recordando)*: Por eso ninguna persona me ha hablado, visto o tomado la palabra.
AMBAS: Somos invisibles.
POÊLE: Por esa razón, nos pudimos encontrar; la muerte hizo un pacto con nosotras. Vine a llevarte a su hogar.
LI *(la interrumpe)*: … y yo, a ti.
AMBAS: ¿Un pacto mortal? *(Sorprendidas)* ¿Le hablaste de mí a la muerte?
POÊLE *(llorando)*: Sólo un poco, no quería separarme de ti; perdóname.
LI *(llorando)*: Yo, igual.
AMBAS *(tomándose las manos)*: Perdón.
LI *(temerosa)*: ¿Puedo preguntar sobre lo que nos arrastró hasta acá?
POÊLE: Sí. Nuestros mundos se pelearon, hubo una guerra y nosotras nadamos hasta el fin para escapar de esas diferencias.

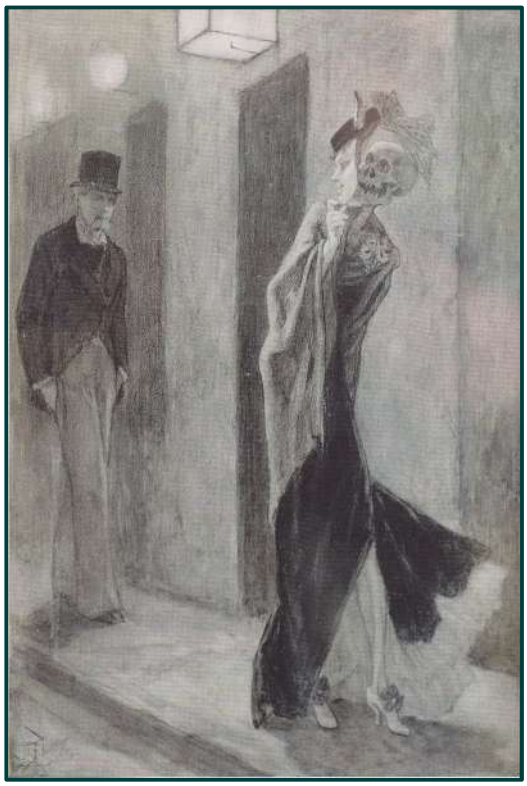
(Li la interrumpe)

LI: … y de pronto un profundo y oscuro agujero nos arrastró.
POÊLE: Sí, la vida y la muerte nos juntaron al mismo tiempo.

(Li y Poêle se acercan a la laguna para dejar sus lágrimas en las ondulaciones de espuma y deciden adentrarse a ella.)

Algunas confesiones sobre la muerte

Ángel E. Valdivieso Priego



Parodie humaine (1878~1881), de Félicien Rops.

El mes pasado leí *Los años de peregrinación del chico sin color,* de Haruki Murakami. Comienza así: «Desde el mes de julio del segundo curso de carrera hasta enero del año siguiente, Tsukuru Tazaki vivió pensando en morir». El libro, en general, me pareció banal y hasta un poco malo; quizá llegué hasta el final solo por inercia, por amor a esas primeras líneas que me atrajeron con la secreta fuerza de un conjuro.

El asunto tiene algo de engañoso: la mayor parte de la novela no se ocupa del Tsukuru joven y su relación enfermiza con la muerte, sino del adulto que ya ha superado aquella crisis (en apariencia, al menos) y que busca ahora reencontrarse con los viejos amigos de su adolescencia. La primera historia me interesaba harto más que la segunda; admitiré de inmediato que este interés mío es también memoria e identificación. También yo, durante un espacio de más de seis meses al comienzo de mi preparatoria, viví pensando en morir. Mi caso es distinto al de Tsukuru; mientras que él era una especie de suicida pasivo que «habría abierto [la puerta a la muerte] sin titubear», yo pasé todo ese tiempo agobiado por un infinito terror a perder la vida.

Aún hoy, no lo comprendo por completo. Nada amenazaba mi seguridad, ni mi bienestar siquiera. Nadie quería matarme. No estaba enfermo; ninguna pandemia letal apretaba —todavía— nuestros días. Pero la realidad es que a lo largo de

medio año difícilmente me ocupé de nada más que de la muerte. Al despertar, la recordaba de inmediato; era lo último que llenaba mi mente antes de dormir. Antes de leer un libro, comprobaba la fecha de muerte del autor. Si seguía vivo, pensaba: aún. No sé si exageraba, pero varias veces en aquel tiempo dije que la presencia de la muerte jamás me abandonaba, ni siquiera por un segundo. Incluso cuando me entregaba a un trabajo demandante, la conciencia de mi propia mortalidad me permeaba entero, como la sangre a un recién nacido. La sentía adherida a mi piel; caliente, pegajosa, corrosiva. Igual a un reo esperando su ejecución.

No me preocupaba la posibilidad de morir pronto sino el simple *hecho* de mi futura muerte, la imposibilidad de sustraerse de ese destino. Todo plan, toda esperanza, toda felicidad parecía trivial e inadecuada frente a esa certeza. Saber que un día dejaría de mirar, de sentir, de ser. En busca de respuestas, leí a los estoicos y a los budistas; leí a Cioran; leí, a través de artículos de divulgación, lo que la neurología tenía que decir acerca de la conciencia; hablé con amigos; hablé con mis padres; hablé, incluso, con una psicóloga. No encontré respuestas porque no existen respuestas. Me dijeron que era muy joven, que no era tiempo de preocuparme; yo rechacé y sigo rechazando esa salida. (La muerte no ignora a ningún humano y ningún humano debe ser capaz de ignorarla). La psicóloga me dijo que necesitaba aferrarme a una creencia, a la que fuera; me explicó que ella estaba segura de que todos éramos «energía» del universo que se transformaba sin desaparecer nunca. Jamás fui capaz de tomarla en serio. En cambio, cuando leí ese poema de Walt Whitman en el que afirma que todo lo que existe está dotado de un Alma eterna, estuve a punto de creerle. Las dos ideas no son muy distintas; me atrevería a decir que son la misma. Si Whitman casi pudo convencerme, es solo porque él lo dijo mejor. Tal vez en eso yace todo, tal vez esa es la única respuesta.

En Whitman había, además, una plena conciencia del miedo. «¿Te has dado cuenta de que tú mismo no continuarás? ¿Te han

aterrado estos escarabajos? ¿Has temido que el futuro ya no será nada para ti?»[1]. «Sí», me habría encantado responderle a gritos. En las palabras de alguien más vi reflejado, quizá por primera vez, ya no mi alegría ni tristeza sino mi terror. Cuando los demás intentaban reconfortarme, distraerme, el poeta expuso mis temores con claridad: «el que antes era Presidente ahora está enterrado, y el que ahora es Presidente sin duda habrá de ser enterrado también». Al respecto del poema, escribí en una vieja libreta: «no estoy seguro de si [el alma eterna] es literal, o solo una metáfora de algo que aún no puedo comprender». Sin ser mucho más listo que entonces, sé ahora que Whitman creía en la inmortalidad del alma, que no hay metáfora ni engaño, solo poesía; poesía que es verdadera en la misma medida en la que es bella, nítida, luminosa.

Aun así, Whitman no me salvó. O, al menos, no de inmediato. Seguí obsesionado por un tiempo, observando el inicio y término de los meses en espera de algo que pudiera ayudarme a a escapar. Llegaron las vacaciones, llegó Navidad, llegó el año nuevo. No recuerdo si llegó mi cumpleaños. Mi liberación fue lenta, no como una nariz que se destapa de súbito sino como un enamorado que olvida por partes, un poco todos los días. No hubo revelación, ni batalla final, ni grito de victoria. No sé en qué momento pude vivir otra vez, pero acepté mi resurrección con alivio. No hubo esfuerzo de mi parte, ni me pareció haber aprendido nada. Fue como si hubiera atravesado, centímetro por centímetro, el más largo y maloliente de los pantanos. Alguien más podría considerarlo una hazaña, pero yo no hice nada más que caminar.

Aún pienso mucho en la muerte, aunque ya no con la misma insistencia ni el mismo pavor. Ya es menos un pensamiento intruso y más un recordatorio consciente, algo que no me permito a mí mismo olvidar. Morirás. Nada que hacer al respecto. No seas muy arrogante, muy codicioso, muy superficial. Un día dejarás de existir.

No se entienda por esto que la he dominado. Si acaso, he

[1]Del poema *To Think of Time*. Todas las citas de Whitman en este texto son de mi propia traducción.

aprendido a alejarla; de tenerla enfrente, no podría sostener su mirada. Mis peores pesadillas, por fortuna no muy frecuentes, son también las más simples: alguien va a dispararme, o se desata un desastre natural, o de alguna otra forma sé que voy a morir. Despierto siempre con un estremecimiento y con la inexpresable gratitud de seguir vivo. Por el momento, siempre por el momento.

Este mes, leí los cuentos de Juan Manuel Torres. Son solo quince. En «El viaje», que consideraba el más ambicioso de todos ellos, se preguntaba: «¿Dónde estará el lugar de mi verdadera muerte? ¿Cuál de todas estas muertes cotidianas no serán sino un espejismo, unas ganas de huir del destino preparado, del destino que espera...?». Torres murió a los cuarenta y un años, en un accidente automovilístico en la Ciudad de México. Me pregunto si antes de perder conciencia tuvo tiempo de entender que esa muerte era *la* muerte y no un paso en falso, un mero simulacro. Si algo puedo pedirle a la muerte, es eso: la oportunidad de encararla y entregarme a ella, el espacio de un instante para comprender que el juego ha terminado. Un instante para apretar los ojos o para mantenerlos bien abiertos; el tiempo exacto para decir adiós a nadie más que a mí mismo. Ese es mi deseo, el más egoísta posible.

Este año cumpliré los veinte. La historia humana registra poquísimas personas que se hayan acercado a los ciento veinte años; por lo tanto, si somos optimistas —desaforadamente optimistas— he perdido ya una sexta parte de mi vida entera. Si pensamos, en cambio, en la esperanza de vida en México (setenta y cinco, que podemos redondear a ochenta), me quedan tres cuartos de vida. Si por alguna extraña maldición he de morir a la misma edad que Torres, significa que estoy ya a medio camino. Sin embargo, él mismo sería el primero en decirme que el tiempo no es matemática, que la vida no es matemática, que el pasado y el porvenir son mera memoria y especulación, que lo único que existe es un presente inasible, intocable, incomprensible para el ojo humano.

Desde aquella crisis, desde aquella obsesión, he leído y

vivido tanto como puede hacerlo un adolescente ansioso y algo torpe. He encontrado la muerte en los escritos de Zhuang zi, de Borges, de Saramago, de Castellanos, de Ciprián Cabrera Jasso, de los prehispánicos traducidos por León-Portilla. Me sería imposible explicar cómo cada uno de ellos me ha ayudado a hacer las paces con el último de mis destinos, con el destino que espera. Pero tal vez, por citar de nuevo a Torres, «ni ellos ni yo sabemos nada y todo es una excusa para no despertar». Si es así, ojalá pueda, en el anochecer de mi vida, olvidar todas las palabras, todos los silogismos, todas las ideologías, y cruzar la frontera en silencio, con la sobria desnudez de un animal. Ojalá pueda al fin, como en aquel otro verso de Walt Whitman, *caminar tranquila y felizmente hacia la aniquilación.*